JOAQUÍN AZNAR y EDUARDO HARO

El brillante negro

EPISODIO

en medio acto, en prosa, original

Copyright, by J. Aznar y E. Haro, 1918

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1918

EL BRILLANTE NEGRO

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le apays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

14

EL BRILLANTE NEGRO

EPISODIO

en medio acto, en prosa

ORIGINAL DE

JOAQUÍN AZNAR y EDUARDO HARO

Estrenado en el TEATRO CERVANTES de Madrid, el 31 de diciembre de 1918

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, M 551

1919

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA CONDESA.....	**Irene López Heredia.**
EL DESCONOCIDO.....	**Ernesto Vilches.**
EL LADRÓN.....	Sr. Arbó.

Derecha e izquierda, las del actor

607594

CUADRO UNICO

El cuarto preferido por una mujer elegante y moderna; gabinete y «boudoir»; a la izquierda, tocadar con cajones practicables; a la derecha, chimenea. Puerta al foro; ventana, practicable, a la derecha.

—

Es en la alta noche. En la escena, sólo el fuego de la chimenea da una escasa luz. Silencio durante un momento. Después, en la ventana de la derecha, se producen unos ruidos como si alguien la estuviese abriendo violentamente. Por fin, un hombre gana la habitación. Un tipo de ladrón vulgar; se vale de una pequeña linterna para esclarecer su camino; cruza la escena y llega hasta el tocador con los útiles de su oficio; trata de abrir los cajones del mueble. En algunos segundos sólo se ve la silueta del hombre trabajando.

Una mano certera abre la puerta de foro y hace funcionar la llave de la luz eléctrica. Entra un caballero de frac y sombrero de copa.

Al hacerse la luz, EL LADRON apunta con su revólver al recién llegado; éste, sorprendido, pero sin desconcertarse, queda un momento junto a la puerta, que antes ha cerrado.

DES. (Tranquilo, flemático.) Veo que no ha sabido usted orientarse; en ese mueble no hay nada que hacer.

LADRÓN (Sin dejar de amenazar con su revólver.) ¡Deje usted libre la puerta!

DES. ¿Y va usted a irse con las manos vacías después del duro trabajo de escalar una ventana y de forzar unos cajones llenos de frivolidades femeninas? Me da usted lástima.

LADRÓN (Avanzando.) ¡La puerta!

DES. La ventana por donde entró usted es más seguro camino. En la escalera podría usted tener un mal encuentro... Guarde su revólver. Mi intención es darle a usted una limosna y dejarle en libertad... Escuche usted...

(Aprovechando el momento de sorpresa del ladrón, el Desconocido se precipita sobre él y le sujeta fuertemente. Una breve lucha silenciosa, suave, por parte del Desconocido, que demuestra su superioridad de facultades. El Ladrón, torpe y sin recursos, queda pronto vencido por su extraño contricante. Poniendo sobre una mesa el revólver que ha arrancado al Ladrón.) Poca fuerza y poca habilidad... Le va faltando a usted la juventud... Tenga usted... (Dándole unas monedas.) Sacie usted su hambre... Sería curioso saber cómo se ha enterado usted de mis costumbres... «Hombre mundano—habrá supuesto usted—a quien no son bastante fuertes los encantos de una esposa bella y joven para retenerle toda la noche en casa, vendrá a descansar muy tarde... El riesgo de encontrarme con la Condesa sola es insignificante.» Y se equivocó el amigo... Ahora, pronto, huya usted antes que nos oigan y vengan, y entones tendré que entregarle a usted a la policía.

(El Ladrón, receloso, avanza unos pasos, y al pasar junto a la mesa en donde está el revólver, trata de apoderarse de éste; pero el Desconocido, haciendo uso ñe su hábil juego de lucha, vuelve a vencerle otra vez.)

LADRÓN (Amenazador.) ¡Le encontraré a usted en otro sitio!

DES. (Irónico.) Donde usted guste, caballero... y perdóneme que le llame de este modo. (El Desconocido, de un gesto terminante, indica al Ladrón que salga; éste huye por la ventana, sin dejar de mirar al Desconocido, que guarda el revólver en el bolsillo. El Desconocido descompone un poco su figura; deshace el lazo de la corbata, revuelve sus cabellos y desabotona su chaleco; después se deja caer sobre la butaca que hay en el lado de la chimenea. Imitando una queja.) ¡Ay, ay!... (Al ver que nadie llega alza la voz.) ¡Ay!... ¡Ay!...

(Por el foro entra la CONDESA en «toilette» de dormir. La Condesa es, naturalmente, joven y bonita, y realza sus encantos con el seductor traje íntimo.)

CON. ¡Ah!... ¿Quién es usted?... ¡Caballero!... ¿Qué hace usted aquí?

DES. ¡Ay, ay!...

CON. Pronto... hable usted... ¿Cómo ha podido usted entrar en mis habitaciones?

DES. (Admirándola y cambiando la entonación de la queja.) ¡Ay!

CON. ¡Dios mío!... ¿Qué le ha ocurrido a usted?... ¿Han intentado asesinarle a usted?... ¡Pero en mi casa!...

DES. Sí, señora Condesa de...

CON. ¿Cómo?... ¿Me conoce usted?

DES. Señora Condera, somos vecinos... Soy el nuevo inquilino del segundo... Volvía yo a casa, hace diez minutos, cuando vi que un hombre saltaba por la ventana... Por la indumentaria del individuo comprendí que no se trataba de una de esas visitas de romance, por las cuales es uno capaz de saltárselo todo, y me decidí a evitar el suceso... gané las escaleras apresuradamente, probé alguna de mis llaves y logré entrar. El ladrón, al verse sorprendido, intentó asesinarme... ¡Ay, ay!

CON. ¡Oh, llamaré en seguida!...

DES. No, no... Es inútil... El ladrón huyó.

CON. ¡Ay!... ¡El ladrón!... ¡Mi brillante!... (Rapidamente se dirige hacia la chimenea y abre una caja secreta que hay en la pared. Mientras, el Desconocido se incorpora un poco en la butaca y espía con interés los movimientos de la Condesa.)

DES. El ladrón no tuvo tiempo de trabajar. ¿Le falta a usted algo?

CON. ¡Dios mío, respiro!... ¡Oh, caballero, gracias a usted mi brillante negro se ha salvado! (Cierra la caja.)

DES. ¡Ay, ay!

CON. Pero, perdóneme usted... con esta impresión olvidé el atender a usted.

DES. No hay necesidad. Me encuentro bien.

CON. Cuánto siento que no esté aquí mi marido para decirle lo que usted ha hecho. Ha tenido usted su vida en peligro.

DES. El ladrón era más fuerte que yo. Si tarda usted un momento más en llegar, me estrangula, de fijo. Yo le aconsejo a usted que para estas largas noches en que se queda usted sola, tenga usted un pequeño revólver.

CON. No crea usted, yo soy fuerte, quizás sabría defenderme sin más armas que mis brazos.

DES. Entonces, ¿quién no caería vencido? Es una arma hipnotizadora. No debe usted temer nada. ¡Ay! (Al moverse.)

CON. Quizás haya usted recibido un golpe peligroso. Dice usted que el ladrón era fuerte... ¿Cómo es posible que no me haya despertado el ruído de la lucha, porque supongo que habrá habido lucha?...

DES. Grecorromana. El amigo dominaba todas las suertes: los lazos, las llaves... Con una llave casi me abre la cabeza...

CON. Y gracias a que no perdió usted el sentido.

DES. No, entonces, no; pero ahora no sé si saldré de aquí sin perder los cinco.

CON. Si yo me hubiese visto sola ante el criminal, hubiese perdido la cabeza.

DES. Pero en ese interesante momento hubiese llegado yo.

CON. ¿Interesante momento?

DES. Una mujer que pierde la cabeza, siempre es interesantísimo.

CON. Esta galantería acaba de dar a lo ocurrido un aspecto novelesco.

DES. Como en *Rafles*.

CON. Yo leo con gusto esas novelas, y pienso que si me encontrase con uno de esos ladrones del gran mundo, le perdonaría a cambio de la emoción que me hiciese sentir. Seguramente, el de esta noche no era de esos.

DES. Ni mucho menos. Un vulgar salteador.

CON. Andrajoso y mal oliente, quizás.

DES. Seguro que no se habría rociado con unas gotas de violeta para venir a robar. Imperdonable descuido, cuando se sabe que en el interior de la casa hay una bella señora.

CON. Muy amable.. (Levantándose.) No estoy tranquila si no le veo a usted tomar una taza de te. Voy a hacerlo yo misma.

DES. Como usted guste.

CON. Se me ocurre una cosa: ¿no estará el ladrón escondido en cualquier habitación?

DES. No, seguramente huyó muy lejos.

CON. Tengo cierto temor... La cocina está cerca... Si usted se queda en esta puerta, que yo oiga su voz, hablándome mientras tomo lo necesario. ¿Quiere usted?

DES. Encantado.

CON. ¡Oh, sí, sólo su voz de usted me da valor!... En dos minutos, listo... Pero, prométame usted que no se mueve de la puerta, ¿verdad?

DES. Solemnemente. (Sale la Condesa, un poco temerosa. El alza la voz.) Estoy aquí, no muevo ni una mano.

CON. (Dentro.) Ya le oigo a usted... No encuentro la maquinilla. (El Desconocido de puntillas y muy rápidamente se dirige hacia le chimenea y busca palpando en la pared la caja secreta) ¿Está usted ahí? Hábleme usted...

(El Desconocido vuelve ligero a la puerta, y habla en voz alta.)

DES. ¿Qué lance más divertido, verdad?

CON. ¡Inolvidable aventura! ¿Está usted ahí?

DES. Si, señora Condesa. (Con gran presteza vuelve otra vez a la chimenea, abre la caja y coge el brillante, el cual se guarda rápidamente, volviendo después a la puerta.) ¿Ha encontrado usted el azúcar?

CON. (Acercándose.) Ya lo tengo todo... (Entra con la maquinilla y demás cosas, que coloca encima de la mesita del centro y empieza a preparar el té.) ¿Cree usted que vendrá el hecho en los periódicos?

DES. No ha habido un solo testigo. Nadie sabe que a estas horas estoy al lado de la señora Condesa, la cual ha estado a punto de perder su famoso brillante negro.

CON. ¿Hasta a usted ha llegado tal fama?

DES. Dicen que es de un valor incalculable. Me cabe la gloria, eso sí, de haber evitado su robo. Y nadie lo sabrá. Como tampoco nadie sabrá que ahora estamos usted y yo solos aquí. Estos momentos inesperados, si saben aprovecharse, son inolvidables.

CON. Además de valiente, seductor... (Pequeña pausa. La Condesa pasa el brazo por el cuello del Desconocido, ayudándole a incorporarse, y éste toma a sorbos el té, en la taza que sostiene la Condesa.) Esta taza de té le hará a usted bien. Es excelente. ¿No advierte usted el aroma?

DES. Predomina el de sus manos de usted, las

bienhechoras manos que me confortan. (Acariciando delicadamente la mano de la Condesa.) ¡Ay!

CON. ¿Demasiado caliente?

DES. (Mirándola con fijeza.) ¡En su punto!

CON. ¡Qué sorpresa la de mi marido, si entrase en este momento y viese este cuadro!

DES. Sí, la escenita se presta a dudas.

CON. ¡Pero qué sorpresa al enterarse de lo que usted ha hecho!

DES. También, también será una sorpresa.

CON. ¿Cómo se encuentra usted?

DES. Encantado.

CON. ¿Los nervios?

DES. En tensión.

CON. Eso es el té.

DES. Eso es. ¿Y usted?

CON. Tranquilizada con su presencia de usted. Tranquilizada... hasta cierto punto.

DES. Y a pesar de todo, debo dejar a usted.

CON. ¿Sin esperar a mi marido?

DES. Si llegara ese momento, la aventura perdería su intensidad. Yo he rendido a usted un pequeño servicio; usted me ha rendido a mí plenamente. (Se arregla el pelo, etc.)

CON. ¡Oh!... ¿Me permite usted que le anude la corbata?

DES. Encantado. (Examinándola con delectación.) ¡Ay, el cuello... el cuello... aún siento la opresión de aquellos dedazos de hierro.

CON. Es la primera vez que intentan robarme.

DES. ¡Quién no siente ese deseo al verla a usted tan hermosa!... ¡Robarla a usted toda entera!

CON. Creo que debe usted apresurarse en subir a su casa: necesita usted reposo.

DES. Señora Condesa, buenas noches.

CON. Buenas noches, señor... ¿Puedo saber su nombre de usted?

DES. Con esto también pierde interés esta aven-

tura. ¡Todo, antes que oiga usted de mis labios un Pérez, o un Gómez o un Fernández! Llámeme usted *El Desconocido.*

CON. *¡El Desconocido!...* Es curioso!

DES. *El Desconocido*, cuyo verdadero sér acaso conozca usted muy pronto. (Sale foro.)

CON. Buenas noches y muchas gracias, señor Desconocido. (Pausa. La Condesa lentamente, pensattva, como interesada por «El Desconocido». va recogiendo maquinilla, etc., y como siguiendo un impulso, se dirige hacia la caja secreta de la pared y la abre. Luego da un grito.) ¡Ah!... ¡Robado!... ¡Mi brillante negro, robado! (Intentando gritar.) ¡Ladro...!

(Suenan unos golpes en la ventana. La Condesa, sorprendida, retrocede unos pasos sin poder articular palabra. «El Descenocido» salta por la ventana y avanza, presentáudole el brillante.)

CON. ¡Usted!

DES. He rectificado mi conducta para con una bella dama. Aquí tiene usted su famoso brillante.

CON. Gracias. Sólo le diré a usted que al advertir la falta del brillante, admirada de su audacia de usted, de su elegancia—¿por qué no decirlo?—para hacer el robo, sólo tuve un sentimiento: que el verdadero brillante, bien guardado en un Banco, no es éste y que usted había robado el falso.

DES. (Muy afable.) Por eso he vuelto a traérselo a usted...

(Telón.)

FIN DE LA OBRA

Obras de los mismos autores

Los placeres de una siesta, revista en un acto.

La falda-pantalón, apropósito en un acto.

Bazar español, revista en un acto.

El caño gordo, entremés lírico.

La novia del torero, sainete en un acto.

El club de la alegría, revista en un acto.

La alegre Primavera, revista en un acto.

El marido ideal, juguete cómico en tres actos.

La loca ambición, novela escénica en un acto.

El brillante negro, episodio en medio acto.

Precio: UNA peseta